

© Capítulo 1

1.

– ¡Te dije que no podía haber filtraciones! ¡Que tuvieras cuidado con cada detalle! Ahora ese bastardo de Petrov nos tiene contra las cuerdas. Si se llegaran a conocer las verdaderas causas de la muerte, todo se iría al traste. Perderíamos a un héroe y tendríamos a un mártir.

– No volverán a cometerse errores. He tomado las medidas oportunas. En cuanto a Petrov, mañana dejará de ser un problema.

– Más te vale que así sea. Me está costando dios y ayuda que los medios de comunicación no metan sus narices en este asunto, así que no me gustaría que un mafioso de poca monta se inmiscuyera.

– No lo hará. Solo busca el dinero. No obstante, no hay por qué preocuparse. ¿Sabe el resto de la Fuerza de Élite la verdad?

– ¿Bromeas? Ya es suficiente con un traidor desaparecido. No quiero tener seis más. A pesar de los inhibidores, les hemos dado demasiado poder como para que anden por ahí sueltos. No, todo seguirá como hasta ahora. Estamos trabajando para que no vuelva a ocurrir. Lo sucedido con Guardián Nocturno solo ha sido un daño colateral.

– Un modo un poco duro de hablar sobre el mayor héroe de la ciudad.

– En la guerra hay bajas... y él era un soldado más. Ahora, haz lo que te he dicho. Y esta vez no falles.

2.

– ¿Cómo llevas tu interesante artículo?, preguntó Miguel con una pizca de sorna.

– Mal.

– ¿Y eso? ¿No consigues descifrar las claves para no tener arrugas hasta los 70?

– Estoy harta de escribir esta bazofia dirigida a estúpidas adineradas que se preocupan únicamente por su aspecto.

– No las culpes. Se deben aburrir nadando en la abundancia. Pobrecitas. Además, su banalidad te da de comer.

– Mi trabajo me da de comer —replicó Lara irascible.

– De eso no tengo duda —se apresuró a decir Miguel, optando por cambiar el tono ante la seriedad de su novia—. ¿Has conseguido alguna entrevista con personal de Pandora?

– ¿Para el tema de los tejidos deteriorados?

– Claro.

– No, la política de la compañía es no conceder entrevistas, a menos que se trate de algún gran medio de comunicación afín a sus intereses.

– ¿Entonces?

– Entonces solo me queda tirar de Internet y aceptar hablar con tres o cuatro petardas cincuentonas con aspecto de adolescentes. Bueno, también tengo la opción de ponerme en contacto con algún gurú de la moda, de esos que aparecen en la tele como si se tratara de dioses del buen gusto.

– A mí me resultan graciosos.

– A ti te resulta graciosa cualquier gilipollez. Son un cáncer.

– Un cáncer simpático. ¿Sabes? Podrías intentar hablar con alguien que supiera más del tema. Con alguien eminente, como Abel Máximo.

– Uy, cómo no lo había pensado... Y después ya me pongo en contacto con el presidente del Gobierno.

– Te hablo en serio.

– ¿Para variar?

– Sí.

– A ver, ¿cómo consigo una entrevista con uno de los personajes más populares y solicitados de la ciudad? —preguntó Lara empezando a perder la paciencia.

– Llamando su atención.

– ¿Cómo? ¿Bailo desnuda sobre el capó de su coche?

– Mmmmm. No, eso lo dejamos para otra ocasión, pero me lo apunto.

– Cerdo.

– Sí, venga, te lo diré: tengo una buena noticia para ti.

– ¿Cuál?

– Después de un par de meses de asistir como oyente, el señor Máximo acaba de entrar a formar parte del Club de Historia de Ciudad Central al que pertenece, como sabrás, tu apuesto y sapientísimo novio.

– ¿Y? ¿Acaso le has visto o hablado con él? Miguel no contestó, limitándose a sonreír. Los ojos de Lara se abrieron de par en par y se abalanzó sobre él. Venga, ¡dímelo!

– Bueno, hablar, lo que se dice hablar... Más bien hemos discutido sobre la división de clases.

– ¿Y?

– Hemos tenido algún que otro encontronazo, eso sí, muy educado. Pero el muy necio se interesó por mis argumentos y terminamos tomando un café.

– ¿Tienes su teléfono entonces?, preguntó Lara impaciente.

– No, pero tú tienes una entrevista con él esta tarde a las seis.

– ¿Cómo?

– En el Café de las Flores. Me ha pedido que seas puntual. No soporta esperar.

– ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!, exclamó mientras cubría de besos el rostro mal afeitado de su novio.

– ¿Aunque pinche?

– Aunque tuvieras clavos en lugar de barba.

– Eso sí, te tengo que pedir un favor.

– Lo que quieras.

– ¿Bailarás desnuda sobre el capó de mi coche?

– Idiota.

– ¿Lo harás?

- A veces me da miedo lo pervertido que puedes ser.
- Sí, pero te gusto así. La abrazó y la miró fijamente.
- Y también eres un presuntuoso.
- A la par que encantador, replicó besándola suavemente. Unos segundos después, Miguel se separó y su expresión se volvió más seria. ¿Le harás una pregunta de mi parte?
- Claro, dime cuál.
- Que si echa de menos a Prometeo Márquez.
- Lo haré, mi cielo.

3.

- Esta noche no debemos acercarnos a la calle Sándalo, recuerda.

- ¿Órdenes de arriba?, preguntó Samuel. Paulino asintió mientras se llevaba a la boca una magdalena de chocolate. Esto es vergonzoso. Dejamos que esa banda campe a sus anchas por el barrio haciendo la vista gorda de un modo flagrante. El capitán...

- Ssshhh, le hizo callar su compañero. Este no es sitio para hablar. Además, las órdenes no provienen del capitán, sino de más arriba.

- Todo está podrido en esta zona de la ciudad, musitó Samuel. Bajo a comprar algo de comer, que me has dado hambre.

- ¿Quieres un poco?, preguntó Paulino cuando apenas le quedaban unas migajas.

- No, generoso.

Afortunadamente, la Panadería Enriquetta abría temprano. Sus bollos y pasteles eran, en opinión de Samuel, los mejores de toda la urbe.

- Buenos días, detective.

- Buenos días, artista. Cecilia colocaba cuidadosamente los croissants recién sacados del horno mientras sonreía y miraba de reojo a Samuel. Si mi jefe te oyera llamarme detective me abriría un expediente y me investigaría.

- Bueno, yo tampoco soy una artista.

– ¿Es que no has probado los bollos que haces?

Cecilia volvió a esbozar una amplia sonrisa. Terminó de colocar los croissants y dejó la bandeja a un lado. Se colocó un mechón rebelde que le cubría el rostro y se dirigió al policía.

– Entonces, ¿qué desea el caballero? ¿Un par de napolitanas de chocolate?

– No, mejor de aquellos croissants que colocabas, que tienen buena pinta.

– Y estarán calientes.

– Perfecto.

Cecilia regresó hacia la repisa en la que los había colocado y metió un par de ellos en una bolsa de papel.

– Tienes mala cara, ¿estás bien?, preguntó mientras se los daba. Samuel sonrió.

– ¿Acaso alguna vez la he tenido buena?

– Ahora que lo dices...

– Mejor no contestes. Cogió la bolsa y bajó la voz. Hoy es uno de esos días en los que piensas que nada merece la pena.

– ¿Ni mis croissants?

– Excepto eso, claro.

– Pues ya sabes, piensa en aquellas cosas que te llenan y apechuga con lo demás.

– Gracias, artista.

– Nada de gracias. Son dos con veinte.

– Ladrona.

– Deténgame, detective.

– No me tientes... Bueno, que pases un buen día. Si luego paso cerca, te hago una visita.

– Te esperaré con las manos en la masa. Que te sea leve y detén a muchos malos.

– Todos los que se dejen, dijo Samuel cuando salía por la puerta.

El teléfono sonó en la trastienda. Cecilia descolgó sonriendo aún.

- ¿Puedes hablar?, le preguntó una voz ronca.
- Sí.
- Lo he encontrado.
- ¿¿Dónde está?!
- En un espacio subvencionado por el gobierno, en el barrio del Puño.
- ¿Está bien?
- Todo lo que se puede estar en su estado. Al parecer, una de las empleadas le ha cogido cariño.
- Gracias.
- No las merezco. Ya te llamaré.
- Un beso.

Cecilia colgó el teléfono y una lágrima recorrió su pálida mejilla. Por fin, se dijo a sí misma.

4.

- Toma el teléfono.

Edmundo lo cogió y lo guardó en el cajón de un viejo escritorio. Descolgó una chaqueta del perchero y se la abrochó. Después miró a Aníbal con ojos cansados.

- ¿Te retirarás después de haberle encontrado?, preguntó con voz profunda.
- ¿Retirarme de qué?
- Ya has hecho suficiente. Como no desaparezcas completamente, corres el peligro de que te encuentren.
- Nunca será suficiente. Mis pecados me acompañarán siempre.
- Eso solo te traerá desdichas.
- Es posible, pero es el único camino que soy capaz de seguir. Aníbal hizo una mueca. Además, ¿no deberías tú tomar ejemplo y permitirte ser feliz?
- Yo ya he sido feliz lo suficiente como para llenar dos vidas. No me importa el futuro.

Edmundo cogió una funda de guitarra y se dirigió a la puerta. Se puso un anticuado sombrero y se volvió.

– Recuerda que no debes salir de la Lonja hasta que no se termine el siguiente turno. En mi taquilla tienes el ordenador. Hasta luego.

– Hasta luego, viejo.

www.nochesdelibertad–isilien.com

Las mentiras catódicas

Una vez más, Futura TV ha vuelto a tergiversar la realidad en su reportaje a favor de la diferenciación por clases genético-sociales. Sus argumentos han sido banales y sin ninguna argumentación científica. El señor Joseph Pandora, con la connivencia de la clase política, atenta contra los derechos humanos básicos de igualdad. Pero no lo hace abiertamente, poniendo sus cartas sobre la mesa, sino que lo enmascara tras un trasfondo médico según el cual las personas tendrán a su alcance la posibilidad de vivir más y mejor. Pero ¿cómo lo harán? Vendiendo la salud al mejor postor, solo a aquellos que se lo puedan permitir gracias a sus ingresos. Resulta vergonzoso que la cadena televisiva con mayor audiencia de esta ciudad sea un siervo de los poderes fácticos de la sociedad.

3 Comentarios.

– Anónimo: *Estamos hartos de ti y tu blog. Te lo avisamos por última vez. O acabas con esto o atente a las consecuencias.*

– Todospodemos12: *No te rindas, hay que luchar como sea.*

Agregar comentario.

Caído: Nadie te hará daño mientras yo esté vivo.

5.

La música se extendía por los pasillos del metro. El sonido de una vieja guitarra eléctrica atacando míticos temas de rockeros eternos. Su mirada se perdía en lo más profundo de sus pensamientos. Una sonrisa cargada de melancolía se dibujaba en su ajado rostro. Mientras, sus manos fluían hábiles por las cuerdas del instrumento, como si fuera allí donde realmente se sentían plenas.

Algunas monedas iban cayendo en la funda de cuero desgastada tanto como la felicidad de su dueño. Sin embargo, Edmundo no mostraba ningún gesto de agradecimiento. Ni

siquiera prestaba atención. Su mente estaba lejos, en algún lugar entre el recuerdo y el olvido.

Entonces, como si sus dedos no obedecieran las prohibiciones autoimpuestas tiempo atrás, empezaron a bailotear. Y se vio a sí mismo tocando aquella maldita canción. Cerró los ojos y se dejó llevar. Los acordes se sucedían con suma delicadeza. Un par de lágrimas brotaron furtivas y se colaron por las arrugas de su piel. Demasiados recuerdos. Demasiado dolor.

Las traicioneras manos pararon. La melodía había tocado a su fin. Suspiró. Los aplausos le asustaron. Abrió los ojos. Una decena de personas reconocían su destreza y le felicitaban. Solo pudo hacer un leve movimiento de cabeza... No había tocado para ellos.

6.

Salió del vagón. Vestía un oscuro y largo gabán. Sus pasos eran lentos y contrastaban con la acelerada multitud que le esquivaba. Junto a las escaleras mecánicas, un músico tocaba una vieja guitarra con tal maestría que se detuvo unos segundos.

Aquello le sorprendió. Nunca se distraía. Pero esa canción... Miró fríamente a su alrededor. La gente aplaudía. Él siguió su camino.

Salió a la calle. La primavera estaba llamando a la puerta, aunque el aire seguía siendo frío. Cruzó la avenida hasta una pequeña tienda de comestibles. Compró un paquete de chicles. De fresa.

Cuando abandonó la tienda giró a su derecha y miró hacia arriba, examinando detenidamente el edificio al que entraría. El portal era antiguo, aunque lo habían remodelado recientemente manteniendo el aspecto original. El portero no estaba en su puesto. Mejor. Subió las escaleras. Repasó cada uno de los movimientos planeados y examinó sus herramientas.

Con suma agilidad forzó la puerta. Un tango inundaba el silencioso piso. Caminó sigiloso por el pasillo hasta la luz rojiza que surgía de una de las habitaciones.

Al entrar se topó con una fusta de cuero tirada junto al quicio de la puerta. Los miró desde las sombras. Ambos sudaban. Estaban tan inmersos en su placentero juego que no se percataron de su presencia.

Sacó la pistola y disparó a sangre fría. El hombre cayó fulminado al instante. El grito de la mujer se apagó cuando el cuerpo de su amante se le desplomó encima cubierto de sangre.

Guardó el arma en el gabán y volvió sobre sus pasos. Al pasar junto al equipo de música cogió el disco de tangos. Mientras salía del edificio, la mujer se zafaba del muerto y se acurrucaba en una esquina de la habitación. Lloraba de terror.

7.

Samuel miraba por la ventanilla mientras su compañera Dafne conducía el coche patrulla. El barrio Italiano siempre le había parecido agradable, con un encanto especial a pesar de lo peligroso que resultaba vivir bajo la presión que desde hacía décadas habían ejercido las familias mafiosas. Sin embargo, desde que la *donna* Giovanna Siena había sido encarcelada y los demás cabecillas escarmentados, el ambiente se había enrarecido. Lo que en principio parecía una excelente noticia para el barrio, se había tornado en el comienzo de una época oscura en la que una nueva ralea de maleantes venidos de otras zonas de Ciudad Central campaba a sus anchas... y todo ello con la connivencia de las autoridades. Se trataba en mayor medida de la mafia eslava, que había visto crecer su influencia en los últimos meses por las zonas menos afortunadas de la capital. Samuel sospechaba que esos movimientos se debían a ciertos favores que altas instancias policiales debían devolver a los eslavos, sin embargo, jamás podría decir algo así sin ver su carrera aún más devaluada. Además, podía irle la vida en ello.

Mientras el policía deambulaba frustrado por mil y una tribulaciones, la radio sonó: «1-3-1 en el barrio de la Estación,

calle del Maquinista cuatro, tercero izquierda. Una mujer está gritando histérica». Samuel miró a Dafne, que no quiso apartar la vista de la calzada.

– No es nuestra zona, Samu —dijo.

– Lo sé, pero es al final de la calle. ¿Qué importa que ya no pertenezca al barrio Italiano?

– Porque luego siempre tenemos problemas.

– Estaríamos en esa casa en menos de cinco minutos, Dafy, le rogó Samuel.

– ¿Por qué lo haces? ¿Por qué no puedes mirar hacia otro lado?

– Porque no me pagan para ello. ¿Acaso a ti sí?

– Sabes que no, pero en mi situación me cuesta arriesgarme.

– Perdona, siempre lo olvido. Déjalo entonces.

Dafne le miró y se le dibujó una sonrisa. Luego cogió la radio: «Unidad 21.9 va de camino. Estamos a dos minutos».

– Y ahora silencio. Harás lo que yo diga el resto de la semana, amenazó Dafne al tiempo que encendía la sirena.

8.

El Café de las Flores estaba situado en el barrio del Progreso, uno de los mejores de Ciudad Central. Construido a finales del siglo XIX, contaba con alguno de los edificios más bellos y emblemáticos. A Lara le encantaba pasear por sus bulevares adornados con zonas ajardinadas y árboles centenarios. En sus calles parecía que se había detenido el tiempo en una época de eterna dicha que, en realidad, nunca había existido. La joven periodista repasó todo el material y recordó cada uno de los temas a tratar durante la entrevista. Antes de atravesar las puertas flanqueadas por multitud de flores, Lara se colocó la chaqueta, se atusó el pelo y carraspeó. Era el primer personaje relevante al que iba a entrevistar y estaba nerviosa. No en vano se trataba de un auténtico visionario en el campo de la genética.

El interior del Café resultó ser esplendoroso. Los techos se elevaban al menos cinco metros y de ellos pendía una lustrosa vegetación que parecía abrazar la estancia. El mobiliario, realizado en madera y hierro, resultaba tan antiguo como elegante y, en general, Lara sintió que se encontraba en un lugar acogedor. Miró la hora en el teléfono móvil. Aún faltaban unos minutos para la cita. No obstante, oteó la sala hasta que, en una mesa cuasi-oculta tras un gran macetero con camelias, encontró a Abel Máximo leyendo el periódico y tomando un café. Suspiró, se armó de ánimo y se acercó a él.

– Señor Máximo, buenas tardes. El científico apartó la mirada de su lectura y observó detenidamente a la mujer menuda y atractiva que le saludaba.

– Buenas tardes, contestó con voz profunda y atrayente, tú debes ser la novia del señor Halcón.

– Así es, me llamo Lara, Lara Luna.

Abel Máximo se levantó y le dio la mano. A continuación la invitó a tomar asiento con un leve gesto. La periodista se fijó en el impoluto aspecto del científico, que iba ataviado con un elegante traje de lino beige, el cual le confería un cierto aire a aquellos galanes que aparecían en las películas en blanco y negro que había visto junto a su abuelo.

– Bueno, cuéntame algo de ti antes de nada, le pidió con la seguridad propia de un maestro frente a una alumna.

– Trabajo para la revista oficial de Central TV. Estoy haciendo un reportaje sobre las mejores técnicas antienviejecimiento.

– Vaya, el mejor foro para un científico, dijo riéndose. Tu novio no me dijo que aparecería en las páginas de belleza.

– Bueno, yo he pensado alejarme lo máximo posible de un tono superfluo. Más bien busco una base científica y, sobre todo, un enfoque más riguroso tocando temas como la salud en el proceso que experimenta el cuerpo hasta alcanzar el concepto de «humano mejorado».

– Eso ya pinta mejor, aunque suene algo ambicioso.

– Mire, señor Máximo, necesito hacerlo, se sinceró Lara. Quiero demostrarme que soy capaz de hacer periodismo de verdad y, si hay suerte, conseguir que mis jefes den una oportunidad a esta clase de contenidos.

– En ese caso, jovencita, no seré yo quien te frustré. Dispara.

Abel Máximo se reclinó en su pequeño sillón con su taza de café, sonriente, clavando su mirada azul en cada gesto de la periodista. Lara se sintió algo incómoda, aunque atraída por las posibilidades que se le acababan de abrir. A pesar de conocerle por los medios de comunicación, nunca se hubiera imaginado que el científico más eminente del país fuera a desprender tal magnetismo.

Así que se puso manos a la obra, sacó su grabadora y su cuaderno de anotaciones, y empezó a coser a preguntas a su interlocutor, que contestaba con una celeridad, corrección y soltura más propias de un orador que de un hombre de ciencias. Repasaron temas como los avances en la regeneración de tejidos, la posibilidad de llegar a los 120 años con un tratamiento adecuado o la importancia del aspecto físico en la sociedad contemporánea. Pasaron 45 minutos y Lara tenía material más que suficiente para su reportaje.

– ¿Alguna cuestión más? Preguntó Máximo a la vez que llamaba al camarero con su mano derecha.

– No, muchas gracias. Tengo suficiente, contestó la joven sonriente.

– Espero que te sirva para darle ese «otro aire» a la revista.

– Yo también, aunque depende de mis jefes, claro está.

– Si el reportaje es bueno, no se negarán. Y si no es así, díles que me llamen. El camarero llegó a la mesa.

– ¿Qué desea?

– ¿Quieres algo más, Lara? La periodista negó con la cabeza. En ese caso, la cuenta, por favor.

– Enseguida, señor Máximo.

– Vaya, debe ser un lujo que te conozcan en todas partes, dijo Lara cuando el camarero se hubo marchado.

– El trato personalizado no es por ser conocido, sino porque llevo años viniendo. Me encanta este lugar.

– ¡Oh! Casi se me olvidaba.

– ¿El qué, jovencita? ¿Aún no he resuelto todas tus dudas?

– Sí, sí, es solo un detalle. ¿Me podría contar algo sobre Prometeo Márquez?

Abel Máximo suspiró e hizo un gesto que a Lara le pareció estudiado. Quizás le habían preguntado muchas veces por el malogrado genio. El caso es que su voz no surgió tan suelta como hasta el momento.

– Prometeo... ¿Qué te puedo decir de Prometeo? ¿Qué dirías acerca de una persona que fue un maestro, un amigo y una inspiración?

– Solo cosas buenas.

– No, Lara, yo no diría nada. Me limito a guardármelo en mi corazón. Prometeo será siempre un ejemplo para mí y, como he dicho tantas veces, me siento el hombre más afortunado del mundo por haber trabajado a su lado y, de algún modo, haber continuado su legado.

– Muchas gracias y perdone si le he recordado algún mal momento.

– No pasa nada... Algún día la familia Siena terminará pagando por lo que hizo.

9.

– No, Paolo, no es seguro que pueda sacarle de allí... De hecho, no sé si le veré... Sí, he cerrado la panadería unas horas... Me da igual que me digas que no podemos permitirnoslo... No... Lo sé, pero es mi hermano y debo hacerlo... Sí, a pesar de lo que me hicieron... Claro que es mi decisión, Paolo... Hasta luego. Te llamo cuando sepa algo nuevo.

Cecilia colgó el teléfono y suspiró. En cierto modo Paolo tenía razón. No le debía nada a su familia. Pero Cesare... Él siempre había estado más unido a ella. Y no podía soportar el hecho de saber que estuviera pudriéndose por

ahí solo. Caminó hacia la parada de metro más cercana y, antes de entrar, envió un mensaje: «Nviame l direccion y la prsona de contkto, gracias».

El barrio del Puño era un hervidero de gente a esas horas de la tarde. Los vecinos salían de sus humildes edificios y recorrían la miríada de comercios y bares que poblaban sus estrechas calles. Desde hacía más de un siglo había sido el centro neurálgico de la clase obrera, incluso cuando la denominada Sociedad de la Información eliminó esas delimitaciones históricas. Pero lo más importante radicaba en que sus habitantes estaban orgullosos de vivir allí. Se sentían el verdadero espíritu de la ciudad, mucho más que los vecinos de las adineradas zonas situadas más al norte. Cecilia se encontraba cómoda en aquel lugar, ya que, en cierto modo, se asemejaba al ruido y la algarabía que se extendía por el barrio Italiano. Al salir de la estación sonó el doble Bip de su teléfono. La respuesta de Aníbal no se había hecho esperar: «Klle Amapola 45. Cntro d Acogida Esperanza. Pregunt x Soledad Marisma. Suert!».

Consultó a un par de jubilados que departían sobre política en un banco y obtuvo, no sin cierto trabajo, el trayecto exacto para llegar a su objetivo. Por un lado, no podía creer que la búsqueda hubiese terminado después de la desaparición de su hermano menor en el parque Gótico; y por otro, le pesaba la responsabilidad de no tener abierto el negocio cuando eran tiempos muy malos económicamente. Además, las palabras de Paolo suponían una losa en aquellos instantes...

Unos minutos después estaba frente al Centro Esperanza, un edificio del que emanaba cualquier sensación menos la de su nombre. Cecilia se quedó observando los grandes paredones de hormigón y las rejas que protegían las escasas y desvencijadas ventanas. Se le formó un nudo en el estómago. Suspiró y entró. Un pequeño hall hacía las veces de recepción. Al fondo se levantaba un mostrador de madera vieja presidido por la oronda figura de un conserje.

– ¿Qué desea?, preguntó este con dejadez.

– Hola, buenas tardes, necesito hablar con Soledad Marisma.

El conserje no varió el gesto de hastío y se limitó a seguir con el cuestionario base:

– ¿Tema personal o relacionado con alguno de los internos? Cecilia dudó por unos instantes y decidió no arriesgarse.

– Es personal.

– De acuerdo. Aguarde un momento allí sentada, le dijo señalando un par de sillas de plástico semiocultas tras una columna.

A continuación, el conserje movió su inmenso volumen y se perdió por uno de los pasillos. Diez minutos después apareció de nuevo seguido por una enjuta mujer vestida de enfermera. Cecilia se fijó en su delgadez y en su espalda arqueada. Pero si algo se le quedó grabado fue la mezcla de bondad y suma tristeza que desprendía su mirada.

– Hola, me han dicho que me quería ver, ¿qué desea?, preguntó Soledad educadamente.

– Necesito hablar con usted unos minutos. A solas, especificó bajando la voz ante la mirada curiosa del conserje. No le robaré mucho tiempo.

Soledad hizo un leve movimiento de cabeza para que la siguiera y Cecilia obedeció. El pasillo era largo, frío y estaba escasamente iluminado. La enfermera caminaba con celeridad y a Cecilia le costaba seguir sus pasos.

– Iremos al patio, dijo, allí nadie nos oirá. Después, si es posible, pensaremos si hay alguna opción de que vea a su hermano. La joven panadera se sorprendió y desaceleró su ritmo, pero no acertó a decir nada. Venga, sígame... Tiene usted sus mismos ojos.

– Él la menciona constantemente, apuntó Soledad para romper el incómodo silencio una vez que se hubieron sentado en un patio interno donde apenas quedaban en pie dos viejos bancos de madera.

– ¿En serio?

– Usted es Ceci, ¿verdad?

– Sí, ¿cómo está Cesare?

– ¿Se llama así?, preguntó la enfermera obviando cualquier respuesta. No sabíamos su nombre y él se niega a decírnoslo, así que le llamamos Giuseppe por su acento italiano.

– ¿Llegó hace mucho?, dijo Cecilia tratando de desembarazarse del nudo que le atenazaba el estómago. Soledad entornó los ojos e hizo cálculos.

– Un año y medio más o menos. Le trajeron de un modo algo extraño. Lo enviaron las autoridades. Nos dijeron que era un desconocido y que no habían logrado identificarle.

– ¡Eso es mentira! Exclamó Cecilia.

– Sssshhhh. No grites... ya sé que es mentira. Tu hermano está desequilibrado, pero aún guarda un atisbo de cordura. Además, cuando le dejaron aquí tenía el cuerpo cubierto de magulladuras y heridas.

– Dios... Pobre Cesare... Una lágrima asomó por los ojos color avellana de Cecilia. Desapareció en el parque hace ya dos años. Al principio pensamos que se había perdido. Su cabeza hacía unos meses que estaba totalmente desquiciada. Pero después de mucho indagar llegué a la conclusión de que lo habían hecho desaparecer.

– ¿Y cómo diste con él?

– Gracias a un amigo. Sus investigaciones me han traído hasta este centro y hasta usted. Hubo momentos en los que pensé que le habían matado, aunque nunca perdí la esperanza... y aquí me tiene.

– Me alegro, niña. Ese chico te necesita, aunque...

– ¿Qué?

– Será difícil que lo veas y mucho menos que puedas llevártelo.

– Lucharé por ello.

– Le quieres mucho, ¿verdad?

La mirada de Cecilia se perdió en un pasado escondido tras las paredes de hormigón de aquel patio carente de vida.

– Sí... tanto como antes le odiaba, musitó.

10.

La tarde había sido dura. Encontrarse en medio del asesinato de uno de los principales cabecillas de la mafia eslava no era plato de buen gusto. Probablemente aquel indeseable se lo merecía, pero el papeleo a rellenar era doble y eso por no hablar de la relevancia del hecho de frenar a la prensa y a los vecinos curiosos, o de la búsqueda de pistas, una labor que había resultado del todo infructuosa. Al parecer, del asesino no se sabía más que su afición por los tangos... o eso se desprendía de la declaración que había hecho la aterrada amante de Petrov, testigo de todo y aún en total estado de shock.

No obstante, no tardaron en aparecer en el escenario del crimen los hombres del alcalde, es decir, la Policía Azul. Y cuando esa gente llegaba, nadie más podía meter mano, aunque claro, el informe debía estar en la mesa del comisario lo más rápidamente posible.

Después de hacer toda aquella labor gris, Samuel tenía una migraña horrible, así que al salir del edificio llamó a su novia. El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Menudo día. No obstante, aún le quedaba un as en la manga. Un buen donut de chocolate para merendar lo arregla todo. Pensó en su dulzura y en la sonrisa amable de Cecilia y se dirigió a la pastelería nuevamente, pero tampoco hubo suerte. El local estaba cerrado inesperadamente. En su puerta había un letrero escrito a mano: «Cerrado por asuntos familiares». Samuel suspiró y se dijo a sí mismo que lo mejor que podía hacer era volver a casa y tumbarse en el sofá a ver *Yonquis*, cuya tercera temporada estaba en su mejor momento.

Volvió a mirar el cartel y sintió que aquella fugaz visita le había apetecido mucho y que durante todo el día, en realidad, había tenido claro que volvería a entrar en la pastelería a comprar algo. Así que, de algún modo que todo el mundo acepta y nadie quiere reconocer, Samuel buscó una excusa y, totalmente convencido, la hizo suya.

Recordó que tenía el número de Cecilia de un pedido de pasteles que hicieron en la oficina y decidió mandarle un mensaje para asegurarse de que todo iba bien. A fin de

cuentas, el pasado de la familia Siena no era el más inocente y relajado de la ciudad.

«He visto que tienes la pastelería cerrada, artista, ha pasado algo malo? Estás bien? Firmado: 1 detective». Después de enviarlo se quedó quieto, pensando por un instante si aquello no era asunto suyo o si Cecilia se molestaría. A continuación esperó unos minutos paseando de un lado para otro, haciendo tiempo para una posible respuesta. Y volvió a pensar que *Yonquis* seguía esperando impaciente en el televisor.

Entonces, cuando estaba a punto de entrar en la estación de metro, el teléfono sonó. «Todo bien, dtctive. Tema familiar. Mañan tndré ls cruasans klients cm siemp. T km-bio 1 x q me resuelvs 1 duda».

«Lo que quieras x 1 croissant. Hasta mañana entonces. Besos detectivescos».

Samuel entró en el metro. *Yonquis* ya habría empezado.

11.

El Templo del Sol Errante. Su nombre era mítico; su presencia, un misterio para casi todos; su sabor, añejo como el viejo whisky. Sentado en una oscura esquina de aquel santuario del pecado, Miguel apuraba un ron con hielo, mientras observaba con ojos vidriosos el local que tanto había significado en su vida. Y una sensación de tristeza y melancolía le embargó más de lo que pudiera desear.

Cada tarde, al acabar su turno al volante del autobús que recorría la línea 15 de Ciudad Central, pasaba por el Sol Errante y se escondía en las sombras a recordar —a no olvidar— todo lo que le había convertido en la persona que ahora era.

— ¿Estás bien, Miguel? No sueles tomar alcohol, preguntó el camarero. Pero no contestó. Su mente no estaba allí, sino años atrás, cuando la vida era en blanco y negro, cuando no podía permitir que sus ideales se convirtieran en agua de borrajas. ¿Miguel?

— ¿Eh?, oh, perdona tío, estaba algo ido. ¿Qué me decías?

– Que si estás bien. Hoy te encuentro más serio que de costumbre...

– Ya sabes, hay días más fáciles y otros más difíciles. Hoy debe ser de los segundos.

– ¿Sigues sin saber nada de ella?

Miguel miró fijamente al camarero. Gus era el único en el local que seguía trabajando allí desde el principio, desde los días en los que el Sol Errante era el lugar más concurrido de los bajos fondos de Ciudad Central.

– No, no sé nada.

– ¿Cuánto ha pasado ya?

– Cinco años. Hoy.

– Vaya... Venga tío, ya es tarde. Lara te va a echar de menos.

– Tenía una entrevista. No tengo prisa.

– ¿Qué opina de que vengas aquí cada día?

– Lo respeta, al igual que yo respeto sus rarezas. En eso consiste, ¿no?

– Miguel, tío, siempre te has culpado por cosas que no debes.

– No me culpo por nada.

– Entonces, ¿por qué vienes cada día si solo te trae malos recuerdos?

– Para no olvidar.

– ¿El qué?

– Que no soy buena persona.

Gus le miró y no dijo nada. Comprendía el dolor de Miguel y lo respetaba. Luego se fijó en los nuevos clientes que habían entrado y en el mal trago que estaban haciendo pasar a una de las bailarinas de striptease.

– Perdona, pero tengo que arreglar un problema en la barra, dijo señalando a los patosos.

– ¿Te ayudo? Preguntó Miguel.

– No, no es necesario, pero gracias.

Gus se remangó y llegó hasta los clientes. Miguel le observó. Conociéndolo, no le llevaría más que unos minutos arreglar la situación, por las buenas o por las malas. En esta

ocasión, los patosos tuvieron suerte al recapacitar sobre sus actos antes de salir mal parados. Cuando los vio irse, Miguelapuró su ron y decidió que esa noche saldría.

12.

Leonardo McGray sorteaba las decenas de limusinas que esperaban impacientes su turno de llegada a la Embajada de Legoria. Todas ellas llevaban a la élite de Ciudad Central, a aquellos futuros ciudadanos de Clase A que escribían (y seguirían haciéndolo) el destino de la sociedad. Banqueros, políticos, gente del espectáculo, de la farándula, grandes empresarios, nobles... todo el que era alguien en la urbe se agolpaba en la Tradicional Fiesta de Primavera que organizaba anualmente este pequeño y rico país montaños.

McGray llegó a la entrada, metió las manos en los bolsillos de su impoluta chaqueta y pisó la alfombra roja. Cientos de flashes le cegaron, aunque ninguno de ellos estaba dirigido a su delgada figura porque a su lado caminaba Alejandra Simbeso, la última cantante neumática y encantadora que había llevado una canción a lo más alto de las listas de ventas, después, eso sí, de pasar tres semanas recluida en uno de esos *reality shows* de televisión.

El recién llegado continuó su camino hasta la gran puerta de la embajada, donde aguardaban dos porteros musculados hasta las cejas que se encargaban de pedir las invitaciones a los asistentes.

– Su pase, por favor, le dijo uno con esos aires de superioridad que le entran a las personas cuando tienen la potestad de permitir o no algo a sus congéneres. McGray rebuscó en sus diferentes bolsillos pero no lo encontró.

– Vaya, se debe de haber quedado descansando en la silla de mi habitación.

– En ese caso no podrá entrar. Retírese, por favor.

– Realmente me encantaría, joven. No encuentro un plan mejor que retirarme a mi hogar y leer junto al fuego de mi acogedora chimenea. Sin embargo, tengo el deber de entrar.

El portero le miró con cara de pocos amigos.

– Caballero, si no tiene invitación, no puede acceder. Así que abandone la alfombra.

– ¡Eso, eso! ¡No pierda más tiempo, que aquí fuera hace frío!

McGray dio media vuelta y se topó con la dueña de aquellas palabras: la nueva musa del pop, embutida en un escueto vestido que enseñaba más que ocultaba.

– Señorita, ¿no le han dicho nunca que es de mala educación meterse en las conversaciones de los demás? Por cierto, bonito vestido.

– ¿Cómo? Dijo Alejandra Simbeso.

– Que deje hablar a los ancianos como yo. Bueno, tampoco soy tan mayor, pero es un modo de hablar, le dijo al portero guiñando un ojo. Ahora, Míster Mundo, mi paciencia ha tocado techo. Permítame el paso o en cinco minutos perderá tanto el puesto como ese gesto de estreñimiento que les colocan a los de su profesión, ordenó con toda la tranquilidad del mundo.

– ¿Pero usted quién se cree que es? Gritó la diva a sus espaldas. McGray suspiró y volvió a mirar a la atractiva cantante.

– El que paga todo esto, querida. Se volvió nuevamente hacia el portero. Esto parece un partido de tenis, rio y se mesó la perilla disfrutando de aquel instante.

– Mire, señor, mis órdenes son no permitir el paso a quien carezca de invitación, dijo el portero con un tono más conciliador por si aquel tipo era quien decía ser.

– Y hace muy bien su trabajo, joven, aunque debería sonreír más a menudo. Tiene usted una dentadura sobresaliente.

A continuación sacó del bolsillo interior de su chaqueta la cartera. La abrió y le enseñó credenciales legorianas. El portero casi hizo una reverencia.

– Disculpe, señor McGray. Pase, pase.

Leonardo McGray guardó su cartera y le dio un golpecito en el hombro. Luego miró a Alejandra Simbeso.

– Señorita, una vez resuelto este pequeño altercado, ¿me permite invitarla a una copa de champán?

– Ni lo sueñe, exclamó la cantante indignada. McGray dejó escapar una carcajada y entró en la Embajada de Legoría.

El salón dedicado a las recepciones estaba casi lleno. Las bandejas de bebidas y canapés bailaban una danza perfecta en manos de los camareros y camareras. McGray se quedó unos segundos observando a toda aquella gente guapa y rica, y estuvo a punto de dar media vuelta y huir. Estoy mayor para estas tonterías. Sin embargo, una mano en su espalda se lo impidió.

– ¡Leonardo, viejo amigo, al final aceptaste mi invitación! La voz rugosa de Francisco Bailei sonó estridente. Leonardo le miró de arriba abajo.

– Cisquito, en la vida vas a saber combinar los colores. Rayas verdes con cuadros amarillos. Resulta doloroso.

– ¿No te gusta? Preguntó con tono jocosos.

– Posiblemente seas el embajador peor vestido de la historia. Aparte de eso, me encanta tu estilo.

– Lo sabía. Bueno, ¿estás preparado para decir unas palabras conmigo?

– Ni lo sueñes.

– ¿Por qué no? Eres el legoriano con más éxito de la ciudad.

– Que sea millonario no implica ser exitoso. De hecho, ni el portero me quería dejar pasar.

– ¿Cómo ha podido ocurrir algo así? Hoy mismo le despediré.

– No te pega ese tono amenazante. Además, olvidé la invitación. No hizo mal su trabajo. Por cierto, ¿a qué se debe tanto revuelo por allí? Preguntó McGray señalando a un gran grupo de personas.

– ¿Dónde?

– Allí, donde la maraña de flashes.

– Ah, son Bert Sullivan y Ana de Hermes, los presentadores estrella de Futura TV.

– ¿La de nuestro querido Joseph Pandora?

- El mismo.
- ¿Y está invitado el gran magnate?
- Por supuesto, ¿qué clase de fiesta sería esta sin Pandora? Seguro que anda cerca de sus nuevas estrellas.
- Acerquémonos, propuso McGray.

Los dos amigos cruzaron el salón hasta los solicitados personajes, que al ver al embajador rápidamente obviaron a quienes les rodeaban y se apresuraron a saludarle.

– Buenas noches, señor Bailei, queremos agradecerle su invitación, dijo Bert Sullivan mostrando la mejor de sus sonrisas.

– Buenas noches, le secundó Ana de Hermes.

– Es un placer contar con la presencia de las dos caras más populares de la televisión. Son ustedes unos auténticos ídolos de masas.

– Gracias, pero solo somos simples presentadores que han trabajado duro para llegar a este momento, enunció Sullivan como si se tuviera aprendido el discurso.

– No sea modesto. ¡Tienen una audiencia superior al 50%! Y eso es impensable con la competencia que hay. Sullivan sonrió complacido, mientras que De Hermes apenas cambió el gesto. Quería presentarles a uno de los legorianos más importantes de Ciudad Central. Este caballero es Leonardo McGray, en mi opinión el hombre que más sabe de arte en todo el país, comentó señalándole.

– Encantado, señor McGray, dijo Sullivan al darle la mano.

– El honor es mío, replicó.

– Buenas, se limitó a decir Ana de Hermes cuando le tendió la mano.

– Perdonen mi ignorancia, ya que no suelo ver mucho la televisión, pero ustedes presentan un informativo, ¿no es así?

– Bueno, esa solo es una parte de nuestro programa. De hecho, es Ana la que domina el contenido más informativo.

– ¿Y usted? Preguntó McGray.

– Yo conduzco el resto: el magazine, las retrasmisiones deportivas...

– Interesante. ¿Y qué parte es la más vista?

Ana miró a Sullivan, que no supo muy bien por dónde salir, y tomó la palabra.

– No hay partes más vistas. El programa es un todo y, como tal, lo evaluamos. Bert se dedica a divertir y yo a informar. Punto, dijo con sequedad.

– Un equipo perfecto entonces, intervino el embajador.

– ¡El mejor! Exclamó alguien tras ellos.

– ¡señor Pandora! Sea usted bienvenido —dijo el propio embajador al verle.

– Un placer, señor Bailei. Veo que han conocido a las estrellas de Futura TV. Sin duda, gracias a ellos, las veladas de los habitantes de Ciudad Central son ahora un poquito mejores.

– Vaya, y me lo estaba perdiendo..., apuntó McGray. Joseph Pandora le miró y sonrió.

– El señor McGray fuera de su castillo. Eso sí que es noticia. Ana, apúntalo para el próximo informativo. ¿Cómo estás, Leonardo?

– No tan bien como tú, Joseph. Por ti no pasan los años.

– Hay que cuidarse. Por cierto, creo que conocéis a Sandro Puerto y a su hija, dijo señalando a un hombre calvo que le acompañaba junto a una adolescente vestida totalmente de negro.

– Por supuesto, Joseph. Sandro es un gran amigo de la Embajada Legoriana. ¿Cómo estás?, preguntó Francisco Bailei.

– No tan bien como Joseph, pero no me puedo quejar, comentó sonriendo a McGray. ¿Qué tal, Leonardo? No esperaba verte por una fiesta como esta.

– El señor embajador insistió mucho y además hacía tiempo que no salía de mi castillo en busca de víctimas, dijo mostrando sus colmillos.

– Espero que no seamos ninguno de los aquí presentes, intervino Pandora en tono jocosos.

– No creo, estáis demasiado viejos.

– En ese caso voy a tener que poner a salvo a Diana, dijo Puerto. Los ojos de los cuatro hombres se posaron en la joven.

– Puede que no quiera ponerse a salvo. Parece una chica que sabe cuidarse sola, replicó McGray. Diana le sonrió y el legoriano le guiñó un ojo.

– ¿Ahora te gustan las menores, Leonardo?, preguntó Pandora.

– No más que los cincuentones, Joseph, así que no pierdas la esperanza. Los celos no son buenos, y le dio una palmadita en sus amplias espaldas. Ahora, si me disculpáis, he de ir al retrete. La próstata me tiene esclavizado.

13.

– Pero... Puedo hacer algo interesante por fin... No, no digo que el resto no lo sea... De verdad, solo digo que tengo una buena entrevista... Pero... De acuerdo, ya entiendo.

Lara colgó el teléfono y cerró la puerta de casa. Miguel la observaba desde la cocina. Estaba preparando unos sándwiches. Ella miró al suelo y se desesperó.

– ¿Algo va mal, vida?, preguntó su novio.

– Estoy perdiendo el tiempo en ese trabajo.

– ¿Ha ido mal la entrevista con Máximo?

– No, al contrario. Fue perfecta. Daría para un artículo muy interesante.

– ¿Pero?

– Pero mi directora se niega a darme espacio porque «no va con la filosofía de la revista». Solo me deja meter alguna declaración «sin pasarme», dijo entrecomillando sus palabras con los dedos. De verdad que estoy harta.

Miguel se acercó a ella y la abrazó con ternura.

– Bueno, ¿al menos disfrutaste entrevistándole?

– Sí, mucho. Gracias.

– No tienes por qué dármelas.

– Es un tipo encantador.

– Bueno, un poco intransigente para mi gusto.

– También es educado.

– Eso sí.

– Y me ha dicho que si tuviera problemas para publicarlo, que le llamara.

– Pues hazlo.

– Me da corte... y miedo. Podrían echarme.

– Odias tu trabajo.

– Ya, pero necesito el dinero.

– ¿Sabes? Yo haría dos versiones del reportaje y se las presentaría a tu jefa. A ver qué dice.

– ¿Tú crees?

– Sí. Es más trabajo pero puede abrirle los ojos. Y, si no, siempre se lo puedes vender a otro medio. Miguel le dio un beso en la frente. ¿Quieres un sándwich?

– No, voy a darme un baño. Quiero relajarme y estar sola un rato. ¿Te vas? Le preguntó al ver la funda donde solía guardar su arco.

– Sí. Voy a entrenar un rato. Necesito cansarme. No he dormido prácticamente nada en los últimos tres días.

– Pero... ya es tarde.

– Lo sé. Pero otra noche sin pegar ojo acabaría con mis nervios. Aunque sean un par de horas, mi cuerpo me lo pide. A ver si después consigo dormir algo. El insomnio me está consumiendo.

– Vale, asintió Lara con un gesto triste.

– Lo siento. ¿Estás bien?

– Sí, tranquilo. Tú ve a cansarte. Yo me daré un baño, cenaré y me acostaré. Pero no vuelvas muy tarde, ¿de acuerdo?

– Te lo prometo.

14.

El balón surcó el aire girando sobre sí mismo. Diez pares de ojos observaban expectantes. Pero no entró, el aro lo espió. Aníbal se llevó las manos a la cabeza sonriente.

– Hoy no es mi día.

El partido se acabó y sus compañeros de juego empezaron a recoger sus bolsas de deporte. Estaba anocheciendo

y las canchas de baloncesto carecían de luz artificial. Aníbal recogió su mochila y se despidió rápidamente de los demás. No quería quedarse frío. Se internó en la arboleda hasta llegar a un pequeño claro donde comenzó sus ejercicios. El baloncesto a ese nivel y esa velocidad de juego solo era un calentamiento divertido. Y era momento de castigarse tanto como su organismo lo requería. Comenzó a correr entre los árboles con un ritmo endiablado. Su corazón latió fuerte. Sintió cómo su mente se oxigenaba y sus músculos se despertaban de la atrofia que les provocaba la rutina diaria.

Después de una hora llevando al límite sus reflejos, con el aliento agolpándose por salir de su boca, Aníbal volvió al claro a descansar y estirar. La noche era oscura y apenas una pequeña luz lejana iluminaba aquella parte del parque. Por unos instantes se sintió pleno, relajado... Su cabeza comenzó a viajar. Se vio embutido en un uniforme junto a Guardián Nocturno y Gran Maestro. Eran buenos tiempos. Grandes amigos en grandes causas. Recordó cómo salvaba de morir ahogados en el río a tres niños. Sonrió. Había nacido para eso, para ayudar a quienes necesitaban su ayuda. Por eso aceptó la mejora y los experimentos. Fueron días de luces, de fama, de felicidad...

Después, un violento golpe en la cabeza le trajo de vuelta al parque. Notó cómo un chorro de sangre corría por su cara.

– ¿Estabas a gusto en tus ensoñaciones, traidor?

Con un visible esfuerzo, Aníbal trató de recuperarse, de enfocar a su atacante con una mezcla de miedo y sorpresa.

– ¡Mariscal!

– Veo que no te he golpeado suficientemente fuerte. Trataré de poner más empeño.

Aníbal dio un paso atrás y todo se llenó de luz. Los niños le rodeaban y, sin embargo, sentía a Mariscal cerca. Escuchaba sus risotadas de fanfarrón. Tropezó y cayó al suelo. Más risotadas. ¡Aquella confusión debía ser causa de Ilusión! Volvió a ponerse de pie, intentando apartar el velo

mental que lo alejaba de la realidad cuando sintió un nuevo golpe en el estómago que le hizo quedarse casi sin respiración y trastabillarse.

– ¿El caballero perfecto tiene miedo?, preguntó Mariscal cogiéndole del pelo. ¿Te sientes a gusto en ese bonito pasado, escoria? Ilusión puede llegar a ser muy convincente, ¿verdad? ¿No la consigues sacar de tu cabecita?

Aníbal intentó zafarse, pero solo veía luz. Después, sintió un nuevo golpe. Su mandíbula se quebró. Medio noqueado, saboreando su propia sangre, intentó contraatacar, pero sus puños no acertaron con el rival.

– ¿Ves? Te dije que no sería un problema. Está indefenso, dijo Mariscal.

– No te fíes. Es duro.

Aquella voz... No podía ser él... Él no...

– ¡Gran Maestro! Exclamó sin saber a dónde mirar.

– Ríndete. Por favor.

– ¿Para qué? ¿Para qué me matéis por no ser una marioneta del poder?

Mariscal descargó su poderoso puño en la espalda de Aníbal, que dio de bruces en la hierba.

– ¡Silencio, traidor! Exclamó furibundo. Déjame acabar con él. No es más que un cobarde.

– No, las órdenes son llevarlo vivo. ¡Ilusión, ya puedes salir! Nadie apareció. ¡Ilusión! ¡Ilusión!

Un silbido llegó desde las sombras y Mariscal gritó. Gran Maestro vio a su inmenso compañero retorcerse de dolor por causa de una flecha clavada en su omoplato.

– Aaaahhhh, ¿quién ha sido?, gruñó.

Leónidas entornó sus ojos y buscó en la oscuridad. Distinguió a Ilusión postrada en el suelo y a una figura armada con un arco oculta tras un árbol.

– Detrás de ti, Mariscal. Está apuntándote de nuevo.

La flecha salió despedida del arco en dirección al atacante herido, pero este no tuvo dificultad para esquivarla.

– ¡Quienquiera que seas, vas a morir! Gritó mientras corría hacia el misterioso arquero.

– ¿Por qué no me dejáis tranquilo?, preguntó Aníbal. Gran Maestro se acercó hasta él.

– Porque eres peligroso.

– ¿Peligroso? ¿Para quién?

– Para el sistema, querido amigo. Alguien con tu poder no puede estar suelto. Ha de estar controlado tal y como estamos nosotros.

Aníbal miraba a Gran Maestro desde el suelo. Le dolía todo el cuerpo, pero tenía que urdir algo para salvar al arquero que le había ayudado. Mariscal no tardaría en dar con él y destrozarle.

– ¿Y si el poder te obliga a realizar actos que no se corresponden con tu ética?

– Aníbal, el poder ha sido elegido por la sociedad, así que la población quiere lo que se le da. Nosotros no somos más que meros instrumentos. Abre los ojos. No somos héroes.

– ¿Sabes qué? Dijo Aníbal mientras lograba arrodillarse.

– ¿Qué?

– Que no estoy de acuerdo.

Repentinamente dio un salto hacia Gran Maestro, que fácilmente lo esquivó, utilizando el propio impulso de Aníbal para lanzarle con fuerza hacia la arboleda.

– ¿Creías que me ibas a sorprender?, preguntó con cierto desprecio Gran Maestro. No tienes ni el entrenamiento ni has recuperado tus fuerzas.

– Es posible, replicó Aníbal sonriendo, pero sigo siendo mejor estrategia que tú.

Y en un abrir y cerrar de ojos se perdió entre los castaños.

15.

Entró a casa cojeando, con el corazón latiéndole a inusitada velocidad. Apenas notaba su hombro izquierdo. Solo sentía dolor, un agudo y desagradable dolor. Tenía miedo. Dejó el arco en el suelo y se apresuró hacia la habitación. Lara dormía apaciblemente. Suspiró aliviado. Se acercó a ella y la besó en la frente. Ella se movió y de sus labios salió un suave «cariño».

– Duerme, vida, duerme, le dijo Miguel.

Salió de la habitación y fue al cuarto de baño. Abrió el grifo de la bañera y comenzó a desnudarse. Se miró al espejo. Tenía el hombro totalmente amoratado y una herida en la mejilla derecha que ya apenas sangraba. Cerró los ojos y volvió a sentir el pánico de ver la muerte tan cerca. Una cosa era ahuyentar a los rateros que aprovechaban la oscuridad en el parque Gótico para cometer sus tropelías y otra muy distinta meterse con la Fuerza de Élite. Aquel gigantón debía de ser el famoso Mariscal, uno de los «héroes» más populares de la ciudad. Recordó la huida entre los árboles después de ayudar a aquel tipo. Se conocía el parque a la perfección, pero no pudo escapar ante la velocidad mejorada de Mariscal que, a pesar de estar herido, movía su pesado corpachón a un ritmo inhumano.

El primer golpe apenas le alcanzó. Solo le hizo tropezar hasta caer. Fue el siguiente, después de escuchar algo así como «vas a morir, gusano», el que casi acaba con él. Aquel animal lo había levantado con una mano y lo había arrojado cinco metros contra un árbol, sintiendo su cuerpo quebrarse.

Miguel desempañó el cristal y clavó sus ojos en el reflejo de sí mismo. Luego, se metió en la bañera de agua tibia. En breves segundos, su organismo se relajó y pensó en cómo el tipo salvado se había convertido en salvador. Y es que ese individuo también resultó ser un humano mejorado, lo que fue un golpe de fortuna dado el cariz que habían tomado los acontecimientos. Apenas tenía imágenes de lo sucedido. Todo estaba muy oscuro, pero creía recordar

que Mariscal se había llevado su merecido. Su salvador le había golpeado con una furia que el grandullón no pudo frenar, hasta que cayó grogui cerca de Miguel. Luego solo escuchó «toma tu arco y huye, pronto llegarán los otros, muchas gracias».

Sintió el dolor agudo del hombro y un mar de brumas cerró sus ojos. Entonces, inesperadamente, se quedó dormido acunado por el agua.

16.

Cuando apagó la luz mortecina de la lámpara las tinieblas abrazaron la habitación. Era momento de dormir, de descansar. Pero como cada noche, ni dormiría ni descansaría. La oscuridad le devolvió al abismo de su cama huérfana. Su mirada se perdió entre las sombras, pero esta vez tampoco lloró. Hacía tiempo que sus lágrimas se habían agotado. La pena que le embargaba ya no las necesitaba.

– Buenas noches, preciosa, musitó.

Se arropó con el silencio mientras el hueco inhóspito del otro lado de la cama le arrinconaba. El sonido lejano de una sirena le terminó de desvelar. Y a sus agobiados pensamientos volvió la melodía. La música se volvió a dibujar en su mente. El calor de aquella primera tarde de verano, hacía ya tantos años... y el frío oculto en los primeros días de otoño, cuando todo se acabó. No podía dejar de pensar en su pelo dorado, o en sus labios de azúcar, aquellos que tantos reproches le habían lanzado por no aprovechar el don que tenía en sus manos. «Sin embargo, querida, yo no necesitaba ni el éxito ni el dinero. Me conformaba con tu sonrisa, con saberte a mi lado cada noche. Porque era en esos momentos, en los que el día tocaba a su fin, cuando los miedos se deshacían junto a tu calidez».

El timbre alejó a Edmundo del dulce recuerdo. Con la pesadez que inculca la edad en el cuerpo humano se levantó de la cama y se dirigió a la puerta. Antes de abrirla nunca se hubiera imaginado que al otro lado estaría Aníbal con

la cara ensangrentada y la ropa hecha jirones. El susto fue grande y rápidamente se dispuso a socorrer a su amigo que apenas podía mantenerse de pie. Lo ayudó a tumbarse en el sofá y, antes de mediar palabra, se apresuró al cuarto de baño a por un pequeño botiquín. Cuando volvió junto al recién llegado, este mascullaba: «Me han encontrado, me han encontrado...».

– Cálmate. Ahora estás a salvo, le dijo Edmundo.

– Nunca estaré a salvo, replicó Aníbal tosiendo.

– ¿Dónde te han atacado?

– Nunca estaré a salvo... No deberías ayudarme... No tenía otro sitio donde ir... No deberías ayudarme..., balbució con la mirada perdida.

– ¿Cómo ha ocurrido, Aníbal?, volvió a preguntar Edmundo cuando trataba de limpiarle la sangre con una gasa.

– Me han encontrado... He de irme o te relacionarán conmigo, dijo con un poco más de lucidez. Intentó incorporarse, pero su propio cuerpo pareció negarse.

– Tranquilo, aquí estás a salvo.

– Si me ayudas te matarán, exclamó Aníbal. Edmundo le puso la mano en el brazo y miró a su amigo con una paz que por momentos le tranquilizó.

– No me preocupa, hace tiempo que estoy muerto. Sonrió.

17.

www.nochesdelibertad-isilien.com

Por las noches, cuando estoy sola en mi habitación, siento cómo la vida me abraza con una fuerza inusitada, como si quisiera dejarme sin aire, acabar con mi inútil resistencia. Y la mayoría de las veces lo consigue, pues ya no encuentro sentido a mi existencia. Ni sé qué misión tengo en este estúpido mundo, ni creo que cuando la encuentre me llegue a gustar. Estoy atrapada por mi personalidad, por la gente que me rodea, por un sistema que nos vuelve meros insectos que se creen libres. Sin embargo, estamos atados de pies y manos a un currir de la vida que, en ocasiones, parece predefinido. Deambulo por él dando bandazos,

pero nunca me salgo de los límites marcados para alguien como yo. Dejo que los demás me dibujen como ellos me ven y nunca reacciono contra eso. Para los demás puedo ser sumisa, divertida, graciosa, tímida, buena, borde... Y mi inútil personalidad se mezcla con esa amalgama de imágenes tratando de satisfacer a todos, intentando responder a las expectativas de los que me rodean, las de todos menos las mías... Pensando en cosas como esta gasto los primeros minutos de la noche, antes de que la oscuridad me envuelva con extraños sueños, con promesas de un mundo diferente.

Estoy tumbada boca abajo. Miro a la pared y la desesperación me abruma y provoca en mi interior una sensación de vacío desagradable. Nada me llena, solo quiero dormir, habitar en mis ensoñaciones, no despertar jamás. Pero eso no ocurrirá. Mañana despertaré y seguiré mi rutina diaria, pues si no ocurriera de ese modo estaría muerta. Y aunque parezca raro en un alma tan desorientada y hastiada de la vida como la mía, me da miedo morir.